

La Carta de Venecia es patrimonio histórico. Entrevista a Daniel Schávelzon

Entrevista: María Eugenia Rivera Pérez

Castillo de Chapultepec.- “Hay que pensar no sólo en lo que estamos rescatando sino también en lo que estamos destruyendo”, señala Daniel Schávelzon en entrevista con CR, durante el encuentro internacional “Los Nuevos Paradigmas de la conservación del patrimonio cultural. 50 años de la Carta de Venecia”, que se celebró del 26 al 28 de mayo de 2014 en el Museo Nacional de Historia (Castillo de Chapultepec).

Bajo el piso de la Ciudad de México existen monumentos prehispánicos, sepultados en los cimientos de edificaciones coloniales y, en algunos casos, construcciones modernas. Ante la complejidad de tantos y tan variados estratos se ha desarrollado una disciplina que los investiga, restaura, integra y difunde, conocida como arqueología urbana.

La arqueología histórica en áreas urbanas es uno de los temas que ha desarrollado e impulsado Daniel Schávelzon en Argentina y otros países; además ha dedicado su trabajo a la conservación del patrimonio cultural, políticas culturales y prevención del tráfico ilegal de obras de arte.

Schávelzon define la arqueología urbana como “... la que se ocupa por el desarrollo de la ciudad, no únicamente por lo que está debajo, ya que todas las etapas tienen la misma validez, todos los momentos y, quizás hasta lo más importante, son las transiciones, los procesos de cambio entre una época y otra. A la arqueología urbana le interesa saber qué fue lo que llevó a producir esos cambios”.

Añade que “el término de arqueología urbana lo comenzamos a usar con Eduardo Matos a mitad de los años ochenta. Pensábamos que era una arqueología diferente o distinta técnicamente porque excavaban en edificios modernos. Luego, fuimos descubriendo que era distinta de la arqueología histórica y creo que como tal se define en la década de los noventa, que es cuando se difunde en América Latina”.

Daniel Schávelzon colaboró con el equipo que realizó los trabajos del Templo Mayor y nos comparte su experiencia en ese proyecto de gran trascendencia en México.

“Templo Mayor fue significativo como gran experiencia latinoamericana, no fue menor el poder generar un proyecto de esa escala con apoyo político y todo lo que se necesitaba, porque algo de esa envergadura en América Latina era inimaginable para cualquiera de nosotros. En esa época era impensable poder intervenir cuatro manzanas de una ciudad consolidada, construida donde vivía gente y de repente vaciar todo eso y recuperarlo... era inconcebible. Fue una aventura del pensamiento en ese momento, y bueno, eso fue formativo para muchos de los que éramos más jóvenes”.

CR. ¿Hubo conflictos cuando se decidió demoler las construcciones de la época colonial?

D.S. “En ese momento todavía no habían diferencias de criterio, estábamos empezando a pensar el problema. Quizás el conflicto más fuerte fue decidir si la totalidad de lo que estaba arriba debía ser removido o debía quedar en la intervención del tiempo en el Templo Mayor, que estuvo siempre ahí y no se alteró. Habría que dar, de alguna manera, una imagen de que fue destruido, ocultado y encima se construyó otra cosa. De ahí que se tomaron decisiones muy interesantes, como mantener el gran desagüe construido hacia 1900 y que hoy es una calle peatonal [dentro del sitio]. Pero este enorme conducto, esa cañería que era el desagüe de la ciudad, además tuvo una connotación interesante, porque propició el primer trabajo arqueológico de envergadura en la ciudad de México hecho por Leopoldo Batres en 1900 sobre un Templo Mayor. Todo eso iba abriendo temas que después con años de reflexión fueron creando ideas; el Templo Mayor fue ese disparador necesario para toda una generación”.

CR. ¿Existe la posibilidad de poder jerarquizar la importancia de las distintas etapas constructivas?

D.S. “De existir, existe, se hace todos los días. Hoy en día ya no podemos hacerlo, no deberíamos. ¿Quién decide que alguna etapa constructiva es más importante o hermosa que otra? Cualquiera que lo haga caería en discriminación, es muy difícil decidir qué es lo que importa o no, mucho más resolver qué debe ser destruido. Hay que pensar no sólo en

lo que estamos rescatando sino también en lo que estamos destruyendo, porque el resultado puede ser una acción muy violenta. Hoy lo pensaríamos muy distinto si fuéramos a sentenciar la destrucción de cuatro manzanas coloniales históricas, seguramente lo encararíamos de otra manera. En su momento fue políticamente importante recuperar los gloriosos orígenes prehispánicos y todo ese discurso, cumplió su efecto en la realidad de la sociedad mexicana”.

CR. En México la realidad social a veces se contrapone a los criterios de conservación internacionales, pero existe la posibilidad de encontrar soluciones que resuelvan esos dilemas. ¿De qué manera influye la realidad social en la conservación del patrimonio cultural?

D.S. “Hay especialistas y organismos responsables del patrimonio cultural que deben tomar en consideración muchos factores para realizar acciones de conservación. Por dar un ejemplo: las zonas arqueológicas sufren invasiones en su perímetro por gente que quiere construir su casita, no son grandes empresas inmobiliarias, se trata de familias muy modestas que irrumpen. La demografía crece y queremos que la gente viva mejor, pues hay que darles un lugar para eso. Ellos saben que hay vestigios de un pasado glorioso, pero no les importa tanto y se quedan en los terrenos como paracaidistas. También hay presiones políticas que se deben considerar antes de tomar una decisión, porque se afecta la vida de las personas, no podemos negar esa realidad social que envuelve el patrimonio, estamos en México, no en París ni Berlín”.

CR. Dejar imperceptibles las intervenciones en los monumentos es un asunto deontológico. ¿Se deben distinguir las reconstrucciones arqueológicas?

D.S. “Si, absolutamente. Primero estoy en contra de la reconstrucción arqueológica, no veo el sentido de recrear glorias del pasado. La reconstrucción es inviable, impensable, un grave error. Entiendo que otros piensen diferente. Ahora, en la restauración las diferencias deben estar marcadas, a mí no me gusta que me engañen, así de fácil. Se está falseando la realidad, es un problema de ética profesional, se debe diferenciar lo que está restaurado de lo que no está, a lo mejor la diferencia es muy sutil, para que lo vea el especialista, pero debe estar en algún lado”.

CR. ¿Cuál es el papel de la sociedad civil en el cuidado del patrimonio cultural?

D.S. “Desde hace varios años, la sociedad civil se ha comenzado a revelar en contra de las decisiones, a veces unilaterales del poder y en mi país (Argentina); las ONG han hecho más por el patrimonio que el propio estado, en ocasiones, el estado actúa porque existe la presión de la comunidad organizada, a través de sus asociaciones. Sin embargo, a veces se piden cosas equivocadas, así que las organizaciones también pueden acudir a los expertos para ver si sus reclamos son justos, he visto un ejercicio de democracia excelente, incluso, aunque haya errores”.

▼ Daniel Schávelzon en el Castillo de Chapultepec. | © INAH, 2014.



CR. Hace cinco décadas se escribió la Carta de Venecia, los tiempos son otros. ¿Cuál es la vigencia de sus principios?

D.S. *“La Carta de Venecia es parte de nuestro patrimonio histórico, es un momento trascendente de la historia, de las formas de ver, de pensar y de concebir el patrimonio. La realidad la ha superado en el buen sentido, no es que se haya dejado de lado por anacrónica sino que a partir de ésta se han logrado muchísimos acuerdos, se han abierto miles de puertas, pero también hay otros documentos que han ido más lejos y la han cambiado. No es que este mal, pero representa la realidad del mundo en 1964 y ojalá que todo el mundo de ese entonces hubiera hecho lo que dice la Carta. Hoy, es parte de esos monumentos históricos que tenemos que respetar, reconocer, entender por su valor y su validez, pero la realidad la ha superado en rubros más profundos, recónditos, sistemáticos que entran en temas más nuevos como lo son las ONG. En ese momento no existían ni a nadie se le ocurrían, entonces quedaron muchas cosas fuera porque simplemente no se habían inventado. Hay que observarla, respetarla, guardarla, cuidarla y sigamos trabajando. El espíritu de la Carta sigue existiendo”.*

CR. ¿Qué significa participar en la celebración del 50 aniversario de la Carta de Venecia?

D.S. *“Es importante reunirse y darse cuenta que la Carta se transformó en hechos históricos significativos. Además nos permite repensar en dónde estamos, a 50 años de esta Carta preguntarnos cuánto avanzamos o no, en qué nos quedamos, qué sigue igual, qué podríamos cambiar y de qué nos olvidamos. Seguir trabajando esto juntos porque al final de cuentas América Latina sigue siendo una; compartimos los problemas, las cosas buenas y las malas. Así como Europa se nos muestra como un bloque con todo y sus problemas, porque no es lo mismo Bosnia que Francia, pero desde acá lo vemos como una forma de pensamiento y América Latina todavía no se presenta ante el mundo con esa fuerza que podría tener, un casi continente y todo lo que hagamos en ese sentido siempre será bueno”.*

“En estas reuniones de especialistas deben estar diferentes generaciones, en las que participen quienes redactaron los principios, también quienes nos hemos formado con estos e incluir a los jóvenes porque se enriquecen los encuentros. Al final se trabaja para las nuevas generaciones y se deben involucrar en las discusiones que se están construyendo”.